

debe existir entre la teoría y la práctica, entre su filosofía y su obrar.

**M. M. Bergada**

#### **Curso de Filosofía,**

por C. LAHR. - Dos tomos. Editorial Estrada, Buenos Aires, 1948.

Ha aparecido en estos días una nueva edición, la vigésima sexta, de la traducción castellana del **Curso de Filosofía** de Lahr. El solo hecho de alcanzar semejante número de ediciones ya habla por sí solo en favor de la obra.

Y en verdad, el libro de Lahr bien se merece la aceptación que ha tenido, tanto aquí como en su país originario, Francia. No conocemos otro **Curso de Filosofía** en castellano que pueda compararse con éste, para venir en ayuda del que aspira a iniciarse en la Filosofía. Pues en una exposición sumamente clara y didáctica, sencillo como para principiantes pero al mismo tiempo más completa y profunda que la de otros tratados de iniciación que pecan por demasiado elementales, se encuentran expuestas en este Curso todas las partes de la Filosofía: la Psicología (incluso los conocimientos auxiliares y relativos al sistema nervioso, etc.), la Lógica, la Ética, la Metafísica y la Historia de la Filosofía. Todo esto a lo largo de dos grandes tomos de casi mil páginas cada uno.

Llama la atención sobre todo la objetividad en la exposición y crítica de los diversos sistemas, especialmente el cartesiano y el kantiano. Creemos que puede ayudar muchísimo a los principiantes para comprenderlos.

Por último, hay que hacer notar que esta nueva edición de Lahr nos llega completamente renovada: ínte-

gramente revisada, retocada y puesta al día por uno de los estudiosos contemporáneos que más se ha destacado en la filosofía argentina, el P. Ismael Quiles, S. I., autor de numerosas obras filosóficas y profesor de Metafísica en el Colegio Máximo de San Miguel. A él se debe, aparte de los diversos retoques, el capítulo final: "Panorama de la filosofía contemporánea", y el final: "La Filosofía en la Argentina". Y asimismo otro estudioso jesuita bien conocido, el P. Antonio Ennis, S. I., muerto hace pocos meses en plena madurez intelectual, contribuyó a esta edición añadiendo a la Psicología un capítulo sobre "La Psicoanálisis".

Por último, cabe señalar la esmerada presentación, impresión y encuadernación de estos tomos, y lo adecuado del formato y del tipo de letra y demás recursos tipográficos de subtítulos, separación de párrafos, etc. que contribuyen a hacer más fácil y agradable el manejo del libro.

**M. M. Bergadá**

#### **Virgilio, Padre de Occidente,**

por TEODORO HAECKER, "Sol y Luna", E. P. E. S. A., 183 páginas. - Madrid, 1945

Este comentario es fruto tardío, pero no frustrado, luego de la fiesta que nos ha sido la lectura, del libro de Haecker sobre Virgilio, un tanto insólito en la armoniosa composición de su tema. Aúna, en verdad la bella expresión de un pensamiento católico, que no se recata, a la universalidad del asunto, Virgilio, más un sentimiento vivo y amoroso por las cosas, cuya musical intensidad colma las palabras o las desborda. Este librito, sin embargo, no tuvo ninguna resonancia especial, ni siquiera la que le correspon-

día en justicia, a tal punto hemos perdido el buen gusto de celebrar, con cordialidad y alborozo, los ingenios. El homenaje más humilde, al par que probablemente el más acertado y decoroso, ha sido el suscitar, en los pocos que tuvieron la fortuna de leerlo, un anhelo de nuevas lecturas de Virgilio, menos desperdigadas, de más substancial y revelador contacto con los textos. Esta primera vía, que el mismo Virgilio ha expresado por incomparable sentencia: "reddere ad fontes", volver a las fuentes, es necesaria para que el piadoso poeta pueda echar raíces a su vez, con un amor perennemente germinal, en el corazón del hombre.

La paternidad de Occidente, que Haecker atribuye a Virgilio, no es una palabra ociosa, tampoco un término retórico, menos aún un concepto ingenioso para la ubicación del poeta dentro de un esquema didáctico, sino una de las principales columnas en la que se apoya nuestra cultura latino-cristiana. La idea esencial del hombre, que el humanismo supone como paterna y que le da su ser, está precisamente hoy en crisis porque el hombre moderno, menospreciando la justa medianía de la actitud mental del hombre clásico, ama más —y este "más" va por las contingencias— las cosas existenciales que las esenciales. En su desprecio por el hombre abstracto — el existencialismo está de moda— el mundo moderno, cuajado de sutilezas decadentes, crea la posibilidad de hacer naufragar "la realidad del hombre verdadero y de la humanidad, idea que, como siempre, tiene aún su expresión más sencilla y a la vez más enérgica en la afirmación de que el hombre ha sido creado a imagen de Dios, y que, por consiguiente, su

ser se logra y se perfecciona en la vida del espíritu" (Virgilio, pág. 29).

Aquella tendencia se manifiesta en la postulación de tipos humanos, como entidades cerradas e incommunicables, con abismos sin puentes entre unos y otros. La imagen del hombre virgiliano supone, por el contrario, que "las desigualdades, espaciales y temporales son infinitamente más pequeñas que la igualdad esencial del hombre" (pág. 32).

El arquetipo del hombre virgiliano no es concebible, por otra parte, sino en función de un orden o sentido histórico, en el que evidentemente púedase comprender sin deformarlo; pero el conocimiento histórico de suyo pide supuestos y el historiador "que no está muerto en las profundidades de su propia persona", como dice Haecker, en el contenido de las ideas con que aprehende la realidad mudable de la historia, ha de comprender a su vez otras realidades fundamentales, sin cuya existencia la objetividad que su labor le exige es una forma enteramente vacía. "Nada conoce el hombre sin suposiciones previas, hasta la misma nada presupone el ser pleno" (pág. 34). Ahora bien, la suposición previa de Haecker, por la cual el hombre virgiliano, Virgilio mismo, adquiere con aspectos definidos su trascendencia cultural, es "la Fe, el mayor objeto de Occidente", (pág. 35). Nada tiene de insólito la inclusión de la Fe, como elemento maravilloso, en la objetividad; lo sorprendente, en cambio, es negar lo maravilloso de la Fe en nombre de la objetividad, pues "qué tal objetividad es aquella que niega insolentemente los objetos? Esta insensatez y osadía, ciertamente, no carece de prosélitos. "Emil Ludwig es

